

CASERO RIPOLLÉS, Andreu, 2008: *La construcción mediática de las crisis políticas*. Madrid, Fragua (Biblioteca de Ciencias de la Comunicación), 342 páginas.

El sociólogo austriaco Alfred Schutz¹, que ejerció su labor científica como profesor en Estados Unidos, llegó a la conclusión de que el individuo no es un átomo social, aunque la sociedad tampoco es una suma de individuos. Cada una de las acciones, razones, preferencias, finalidades, etc., individuales está socialmente articulada, y cada una de las formas sociales está constituida por la actividad de los individuos. Schutz prestó gran atención al mundo de la vida cotidiana en el cual se revela la constante interdependencia de lo individual con lo social. El examen de las relaciones interindividuales llevó a Schutz a muy detalladas descripciones de “reinos”, “esferas” y “dominios”. No se trata de descripciones fenomenológicas del mundo de la vida, sino de la formulación de procedimientos mediante los cuales puede constituirse el estudio social fenomenológicamente. En este sentido creó la noción de *relevancia* la cual sirve de guía para comprender y circunscribir conceptos y tipos ideales (completando a Max Weber). Esta noción es similar a la que desarrolló Ortega y Gasset cuando puso de relieve que en la vida humana existe lo que él llamó *importancias*.

Como en el “mundo de la vida” hay siempre una multitud de esferas y dominios, hay asimismo una multitud de relevancias. El tipo ideal es comprensible dentro de un esquema de referencias que es el sistema de las relevancias. Este, a su vez, lo clasificó en sistemas de relevancias intrínsecas y extrínsecas, de relevancias subjetivas y objetivas y de relevancia motivacional, temática e interpretativa, así como de relevancia voluntaria (individual) e impuesta (social). De este modo, “la realidad social se construye por un entramado de acciones significativas que son el resultado de múltiples contribuciones intersubjetivas. Y precisamente, como recuerda en su “Introducción”, el profesor Casero Ripollés (p. 11), una de las aportaciones más decisivas en este proceso la desempeña el periodismo.

Partiendo de estas bases de la sociología y la filosofía europea (Husserl, Scheler, Weber, Schutz, Berger y Luckmann), y enmarcando su estudio teórico con las contribuciones de la sociología italiana de la comunicación, especialmente sus desarrollos referidos a la comunicación política (Grossi, Marletti, Mancini, Pasquino, Rositi, Mazzoleni y Bentivegna), Andreu Casero Ripollés, profesor titular del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Jaime I de Castellón, se plantea en esta obra el análisis de la información periodística que determina la construcción de la realidad política y, especialmente, de “aquella vinculada a situaciones atípicas o críticas, que se caracterizan por forzar una ruptura

¹ SCHUTZ, Alfred (1993): *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona, Paidós Ibérica

de lo dado por supuesto, por presentar una desviación respecto del orden institucional establecido y por asumir una dimensión primaria y referencial para el conjunto de la opinión pública” (p.11). Desde este punto de vista, Andreu Casero sigue el camino de la sociología del conocimiento, un camino inacabable, abrupto y con múltiples bifurcaciones, difícil y siempre en construcción, porque trata ni más ni menos que de analizar con método científico la construcción social de la realidad (en el aspecto de la comunicación política, fundamentalmente). El empeño es loable y si, se hace bien, es fuente de conocimiento, como es el caso de esta obra resultado de un logrado proyecto de investigación I+D (“La representación de las Cortes Valencianas en los informativos de televisión”), dirigido por el autor, A. Casero Ripollés, y financiado por la Dirección General de Política Científica de la Consellería de Educación de la Generalitat Valenciana.

El libro se estructura en cinco grandes bloques: 1) La sociología de la comunicación política italiana como vía del estudio de los fenómenos comunicativos; 2) El modelo sociofenomenológico de la información periodística; 3) Información periodística y atipicidad; 4) Análisis de caso: las crisis políticas del PSE-EE y del PSPV-PSOE; y 5) Conclusiones: la construcción informativa del “caso crítico”. Se trata de una obra producto de una cuidada investigación que aporta reflexión y conocimiento concreto y aplicable. Por ejemplo, Andreu Casero puede demostrar que la crisis política se articula informativamente como un relato seriado, bajo la forma de capítulos o episodios, a modo de piezas independientes, que encajan entre sí. Esta característica supone que el suceso atípico se concibe como un relato de interés social. Es decir, los periodistas construyen las crisis políticas por la fragmentación del proceso político mediante la yuxtaposición de acontecimientos-noticia, cada uno de los cuales se presenta como evento aislado a pesar de las contextualizaciones a posteriori.

Las conclusiones a las que llega Casero Ripollés son interesantes e importantes (aunar ambas características es un mérito destacable) y abrirán camino en los crecientes estudios sobre comunicación política. Es un libro con una sólida base teórica y producto de una coherente y lúcida investigación. Y esto es mucho decir en el excesivo panorama de las publicaciones sociológicas sobre el periodismo en general (y como excusa) y sobre la comunicación política en particular, tan a la moda y tan formularia, algo de lo que ha huído precisamente, con ciencia, conciencia y consciencia, Andreu Casero Ripollés en esta recomendable obra.

María Jesús CASALS CARRO
Universidad Complutense de Madrid

CEBRIÁN HERREROS, Mariano, 2008: *La radio en Internet*. Buenos Aires, La Crujía, 294 páginas.

La aparición de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y su integración en el ámbito radiofónico que converge en la radio en Internet, rompe el esquema tradicional de transmisión de la información, que hasta ahora se daba de manera unidireccional, y posibilita la existencia de múltiples emisores que conviven con todas las posibilidades que ofrece la radio convencional y las peculiaridades comunicativas propias de Internet.

Partiendo de esta realidad, “La radio en Internet” es fruto de la labor investigadora de Mariano Cebrián, catedrático de la Universidad Complutense, sobre las innovaciones tecnológicas que se han producido en la radio y en concreto, en este libro, sobre una radio abierta a la interactividad que cambia los conceptos de espacio y tiempo del mundo radiofónico tradicional.

El tema principal del libro es la combinación de la radio e Internet, en tanto que como innovación tecnológica ofrece nuevas posibilidades para el desarrollo de una nueva expresividad y de nuevos modelos de formatos y contenidos radiofónicos. Sus 12 capítulos examinan la ciberradio y sus extensiones deteniéndose, en la segunda parte, en las redes sociales de audio, la RSS y la P2P, el podcasting, audioblogs, radioblogs, wikipedia sonora y la radio móvil, como vías de innovación.

“La ciberradio es una radio de comunicación interactiva según diversos modelos, desde los de difusión-almacenamiento, pero con un control total por quien pone en funcionamiento el proceso emisor, hasta los de intercambio pleno de información, debate y diálogo entre todos los participantes” que, según Mariano Cebrián, “Modifica el concepto de programación. El nuevo concepto de programación se centra en la selección de unos contenidos determinados de interés para las personas y para consumos individuales”. (pág.50-51)

Con una prosa ágil y un estilo comprometido, Mariano Cebrián, no pierde de vista que las TICs son una oportunidad en la vanguardia radiofónica para acercar lo local a un espacio globalizado; para repensar en los medios públicos al servicio de la sociedad; para hablar no sólo de innovaciones sino para tener tiempo, también, de innovar; para descubrir las oportunidades que nos brinda la tecnología y así poder alcanzar un pluralismo cultural... Por todo ello, innovación, creatividad y experimentación van de la mano en la teoría radiofónica que nos presenta el autor y que nos conduce hacia la sociedad en red.

Carmen PEÑAFIEL SAIZ

Universidad del País Vasco (UPV-EHU)

CHERRY-GARRARD, Apsley, 2007: *El peor viaje del mundo. La expedición de Scott al Polo Sur*, traducción de Daniel Aguirre Oteiza, Barcelona, Ediciones B, 908 páginas.

En contra de lo que parece indicar el título de este libro, el peor viaje del mundo no es para Cherry-Garrard el histórico que hizo Scott al Polo Sur en 1912 que se saldó con la muerte de sus cinco integrantes, sino otro, desgajado de aquel, que hicieron él mismo y otros dos miembros de la expedición para recoger huevos del pingüino emperador, en una época, el invierno austral, en la que tuvieron que soportar temperaturas inferiores a los -60° C, dormir a la intemperie porque los vientos les volaban la tienda y salir de milagro de las profundas grietas de hielo en las que continuamente caían ante la falta de luz y las terribles ventiscas de nieve. De vuelta en Londres, cuando uno de los exploradores presentó el trofeo tan arduamente conseguido en el Museo de Historia Natural de South Kensington, ésta fue la respuesta que obtuvo de uno de los conservadores de la institución: “¿Quién es usted? ¿Qué desea? Esto no es una huevería. ¿Quién le manda a usted toquetear nuestros huevos? ¿Quiere que llame a la policía? ¿Es el huevo de cocodrilo lo que anda buscando? Yo no sé nada de huevos.” (p. 516).

Sirva la esperpéntica situación creada por la respuesta del funcionario del museo como símbolo de una expedición que tuvo que soportar durante tres años no sólo los rigores de una zona del mundo todavía inexplorada, sino también, antes y después, la incomprensión de la civilización representada en la Inglaterra de principios del siglo XX, a la que el autor denomina “país de tenderos”, un país que no entendía que un puñado de hombres se dejaran literalmente la vida por explorar un territorio en el que no había ni oro ni carbón. Y es que ésta fue, en efecto, una de las características más nobles de la aventura de Scott, la del viaje entendido no sólo como una competición de conquista territorial, sino también de logro científico, que se llevaba a cabo no por los beneficios inmediatos que pudiera reportar sino por el propio placer que proporciona el conocimiento, bien fuera de aves o de otros animales, geográfico o climatológico. La exploración, dice el autor, “es la expresión física de la pasión intelectual” (p. 117). Y esa pasión, para colmo, llevó a Scott y a sus cuatro acompañantes al llegar al Polo, poco antes de morir, a tener que soportar la humillación de ver la ondeante bandera noruega de Amundsen que se les había adelantado por apenas unos días convirtiéndose así en el primer hombre que ponía un pie sobre los 90° de latitud sur.

Todo en este libro rezuma, en efecto, nobleza y dignidad. Cuando Oates, por ejemplo, uno de los cinco expedicionarios que llegaron al Polo con Scott, estaba en las últimas, con los pies congelados, en fase de amputación -y todos andaban ya sin fuerzas, sin apenas comida ni queroseno para calentarse- no pronunció ni una palabra de queja. Muy al contrario, ante la negativa de sus compañeros de abandonarle a su suerte para que así al menos lograran salvarse ellos, decidió, sin decirlo, irse de la

tienda, perderse él solo en la nieve y morir allí. “Voy a salir un momento. Puede que tarde un poco” (p. 773), fueron sus últimas palabras. Evans, el más fuerte de los cinco que alcanzaron el Polo, sufrió una caída que lo produjo un edema cerebral, y tuvo que arrastrarse durante días literalmente a gatas por la nieve hasta que entró en coma de frío y desnutrición. Murió poco antes que Oates también sin abrir la boca como no fuera para pedir a sus compañeros que le abandonaran. Y luego están las serenas palabras de Scott, encontradas en su diario junto a su cadáver y el de los otros dos exploradores en la tienda donde murieron. Llevaban días sin comer y con unos vientos de nieve que no les permitían verse una mano colocada a la altura de los ojos. La muerte era ya mucho más que una posibilidad. Pero tampoco ahí apareció la desesperación: “Hemos corrido riesgos; sabíamos que los corríamos. Las cosas se nos han puesto en contra, y, por lo tanto, no tenemos motivo para quejarnos” (p. 900).

Cherry-Garrard consideraba una suerte que la expedición de Scott de la que él formaba parte hubiera partido en busca del Polo Sur poco después de la conquista del Polo Norte. Entonces se creía -y durante mucho tiempo se creyó, y aún hoy aparece así en numerosos textos (véase Wikipedia)- que fue Peary, en 1909, quién conquistó el punto más al norte del Planeta. Fergus Fleming, sin embargo, en *La conquista del Polo Norte*, libro que reseñamos en el anterior número de esta revista, hacía un exhaustivo repaso de todos los intentos por alcanzar ese punto y dejaba claro que las mediciones de Peary habían sido erróneas y que el primero en llegar a él en realidad había sido el ruso Kuznetsov en 1948, casi cuarenta años después. Fleming relataba también cómo Amundsen, precisamente, en 1926, había sido el primero en sobrevolar el Polo Norte a bordo de un dirigible. El error de Cherry-Garrard, sin embargo, en nada afecta a su tesis, según la cual la expedición al Polo Sur se podía beneficiar de la experiencia del Ártico, como, efectivamente, así fue.

Posteriormente Hillary, el conquistador del Everest, emprendió en 1957-1958 una expedición trasantártica con tractores y llegó también al Polo Sur utilizando el libro de Cherry-Garrard como guía lo que prueba no sólo el valor científico y documental -aparte del literario-, del libro que ahora reseñamos, sino la relación que existe entre los tres polos terrestres. Esta relación se puede traducir en el espíritu que tenían en común quienes decidían embarcarse en unas aventuras que en muchos casos sólo podían traer a sus protagonistas terribles penalidades y en último caso la muerte. En la reseña al libro de Fleming decíamos que con la conquista del Polo Norte ya no le quedaba a la especie humana nada que descubrir en la Tierra y que las futuras exploraciones tendrían que ver, si acaso, con el espacio. Cuesta creer que en los cuarenta años transcurridos desde la llegada del hombre a la luna no se hayan producido páginas memorables que recojan las gestas espaciales, como en su día se produjeron las que recogían las epopeyas relacionadas con la conquista de los tres polos terrestres. Paul Theroux, en una de las introducciones del presente libro, tiene la respuesta: “Ningún astronauta ha demostrado tener capacidad alguna para transmitir su experiencia mediante la escritura” (p. 116).

Cherry-Garrard, alumno de Oxford, sí tiene, desde luego, esta capacidad, así como gran cultura y exquisito gusto literario. Sus páginas están continuamente iluminadas por citas de Wells, Whitman, Shakespeare, Stevenson y Shaw, entre otros. Le gustaba la poesía que pudiera repetir en las interminables marchas sobre el hielo. Pero es que además todos los miembros de la expedición de Scott leían a diario a Thackeray, Charlotte Brönte, Dickens, Barrie, Kipling, Ibsen... Oates, el que decidió irse a dar una vuelta para morir diciendo que quizá tardaría un rato, solía quedarse absorto con la *Historia de la Guerra de la independencia española*. Scott, para la última parte del viaje, la que llevaba al Polo, se llevó a Browning; Wilson, otro de los cinco últimos expedicionarios, a Tennyson. Ambos además “bendijeron el momento en que se les ocurrió elegir *El origen de las especies* de Darwin” (p.388), libro de una especial significación este año. Y algo mucho más extravagante para un español: incluso en las condiciones más adversas, propias del círculo de hielo de Dante –clásico, por cierto, también continuamente citado-, los exploradores se pedían las cosas por favor, se daban las gracias y se hablaban siempre de usted: “La mesa, por favor señor Debenham” (p. 381), se podía oír cada vez que tenían que sustituir los mapas por los platos y cubiertos. Quizá no llegaran a los extremos de los expedicionarios de la época de Mallory que, en la cima del Everest, a ocho mil metros de altura sobre el resto de los mortales, vestían americanas de *tweed* y comían faisán. Pero la educación inglesa de la época nunca se perdía. Antes, como de hecho ocurrió, se perdía la vida.

El libro, de por sí largo, en el buen sentido de la palabra, está además magníficamente acompañado por una extensa introducción del autor, en la que reflexiona cuarenta años después sobre si podía haber hecho algo más para evitar la muerte de Scott y de los otros cuatro expedicionarios que llegaron al Polo. Además incluye un estudio sobre el manuscrito de *El peor viaje del mundo*, otra introducción del ya citado Theroux, un glosario y varios mapas muy útiles para comprender la particular geografía de un terreno de por sí cambiante pues lo que en ocasiones es agua, en otras puede ser hielo y viceversa, o lo que en ocasiones es un monte helado puede desaparecer o crecer por efecto del viento en cuestión de días. Un libro fascinante, valioso como exponente de un logro de la humanidad y como reflejo de los logros individuales de los integrantes de la expedición al Polo para quienes, a pesar del trágico final, el ejercicio al aire libre era una fuente de salud y la soledad una fuente de felicidad. Un libro, en definitiva, que narra la gesta de un grupo humano que intentó superar la adversidad más atroz y que se cierra con la siguiente irónica recomendación, útil para cualquiera: “Si hace usted su correspondiente viaje de invierno, obtendrá su recompensa, siempre y cuando lo único que desee sea un huevo de pingüino” (p. 905). Todo un clásico.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA
Universidad Complutense de Madrid

FERNÁNDEZ-CID, Matilde; MARTÍN CAÑO, Ángel; y CÁCERES ZAPATERO, M^a Dolores, 2008: *La imagen de las Personas Mayores en los Medios de Comunicación de Masas y la Opinión Pública*. Madrid, U.D.P – Obra Social Caja Madrid (Col. Estudios).

Este trabajo presenta los resultados de una investigación orientada a conocer los procesos de conformación de la imagen social de las personas mayores construida y proyectada por los Medios de Comunicación de Masas, en concreto por la prensa española. La investigación social viene prestando una atención creciente a espacios y acciones relacionados con la comunicación, la información y la imagen, y esto se debe sobre todo al reconocimiento de su poder pragmático: resulta muy evidente la influencia de la comunicación de masas en decisiones públicas y en comportamientos privados, en prácticas profesionales, en organizaciones colectivas, en opiniones y vivencias de espacios cotidianos. Podemos incluso afirmar que, con diversos niveles de eficacia retórica, interviene también en la conformación de la percepción de *uno mismo*: ‘ver’ y ‘ser visto’ son dos momentos del incesantemente renovado proceso identitario, como la teoría de la identidad y el interaccionismo simbólico nos han venido constatando.

Hay que advertir, sin embargo, que todo acto de comunicación nombra un dúctil proceso, antes que un rígido dato, en el que la elaboración de sentido va acompañada de sus potenciales transformaciones. El discurso no es, en este sentido un producto acabado, sino un momento de un proceso de elaboración. Por ello se hace posible intervenir en ese engranaje de significación, como pretende en su práctica la Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España -editora del texto presentado- y como exige nuestra condición de *sujetos en proceso*.

Los *mass media* podrían, en este sentido, en esta tarea, ayudar a los procesos de cambio social. Se presentan, pues, como importante instrumento con potencial transformador. Sin embargo, no hay que olvidar que como toda empresa de producción -en su caso producción de información- los medios se encuentran asimismo mediatizados: demandas de clientes o promotores, estrategias de competencia en el mercado, exigencias derivadas de la búsqueda de beneficios... son elementos que a veces se enfrentan. Hay que añadir a estos condicionantes las propias posiciones ideológicas de empresas y profesionales. También hay que considerar el peso de las dinámicas de trabajo, rutinas, modas, acontecimientos noticiables... y otros elementos extra-textuales, como la transmisión de *ecos* y la formación de *agendas* con frecuencia programadas lejos de las tareas de campo del periodismo.

En la actualidad las investigaciones sobre comunicación no cuestionan el espacio de mediación simbólica de los medios de comunicación de masas. Los autores de este trabajo subrayan la corresponsabilidad de emisores y receptores -aunque no sólo de ellos- en la conformación de la realidad nombrada. Por eso consideran necesario

realizar una lectura analítica, reflexiva, y se sitúan en una perspectiva de investigación que considera que los datos -su acumulación, tratamiento y transmisión- necesitan marcos interpretativos que a su vez están definidos en contextos sociales concretos. Este trabajo analiza las claves de configuración de imagen y sentido en torno a las situaciones de las personas mayores, de los colectivos que representan, partiendo de la constatación de la influencia de los medios -en este caso, la prensa escrita- en la formación de opiniones, actitudes y valores.

Conocer el proceso creativo del trabajo de los medios, analizar sus producciones, sus mensajes... también sus silencios, debería animar a la construcción de espacios de diálogo entre todos los agentes sociales implicados. Este es el objetivo presentado en el primer bloque de este texto, cuyo *corpus* principal de análisis lo constituyen cinco periódicos de ámbito estatal durante los meses de abril a septiembre del año 2006; durante ese periodo también fueron analizados los dos diarios de distribución gratuita de mayor difusión.

Pero, ya al margen de los medios y sus creaciones, se puede observar que en la sociedad existe cierta pluralidad de voces, experiencias concretas y diversas, que apuntan diferentes -importantes- matices de sentido, de tratos, de comportamientos, a los que conviene aproximarse si queremos dar cuenta de su riqueza y polifonía. La evidencia de esta pluralidad de matices en la *opinión pública* animó a la U.D.P. a abordar, como segunda fase de la investigación, un trabajo complementario al realizado en torno al análisis de la prensa, que indaga en ese abanico de representaciones, actitudes, opiniones y experiencias. El objetivo explícito de esa aproximación ha sido acercarse al conocimiento del estado de opinión en torno a la 'ancianidad' y, más específicamente, en torno al colectivo de 'personas mayores', en la población española.

El segundo bloque del texto aborda esta tarea: plantea un trabajo complementario del realizado en la fase anterior, especialmente indicado como elemento de contraste: ¿qué 'hacen' los diversos *públicos* receptores, con esa relativamente plural, pero también relativamente estereotipada, información procedente de los medios de comunicación?, ¿en qué medida esas representaciones se aproximan o distancian?, ¿tienen que ver con las 'vivencias' nombradas, con los relatos de vida en convivencia de las distintas generaciones?, ¿existen contenidos, lugares, personas... que los medios no recogen y que, sin embargo, reclaman atención por parte de diversos sectores sociales?. Para abordar este objetivo, se ha utilizado un enfoque metodológico cualitativo con la aplicación básicamente de la técnica del "Grupo de Discusión", aunque también se han realizado entrevistas abiertas con profesionales implicados en el objeto de estudio, tanto desde una perspectiva teórica como desde la práctica empírica como profesionales del Periodismo.

La investigación que está detrás de este texto plantea, pues, un doble y complementario ángulo de observación: el que trabaja sobre los mensajes producidos

por los medios de comunicación y el que pregunta a sus *receptores*, que hablan de sus vivencias, experiencias, opiniones, en relación con las personas mayores y con los propios mensajes mediáticos.

Ley de dependencia, retraso en la edad de jubilación, envejecimiento de la población, y un largo etcétera de asuntos sitúan a las personas mayores en el centro de discusiones sobre lo que la sociedad es a partir de cómo asume a sus mayores; pero que también parten de imágenes, más o menos estereotipadas, de éstos. De aquí el valor que tiene un estudio como éste para abordar tales estereotipos que pueblan el universo ideológico sobre las personas mayores.

María Luisa SÁNCHEZ CALERO
Universidad Complutense de Madrid

ESQUIVEL, José Luis, 2008a: *Periodismo cultural*. Monterrey (Nuevo León, México), Editorial Esquivel Esparza. 128 páginas. 2008b: *Reportaje. El rey del periodismo*. Monterrey (Nuevo León, México), Editorial Esquivel Esparza. 86 páginas. 2009: *Periodismo noticioso en diez lecciones*. Monterrey (Nuevo León, México). Universidad Autónoma de Nuevo León, 2ª ed., 156 páginas.

Nos causa admiración desde hace años el ritmo productivo con que divulga conocimientos el doctor José Luis Esquivel en materias tan gratas para nosotros como los géneros periodísticos y la historia del periodismo y así lo manifestamos en una ocasión (*Estudios sobre el Mensaje Periodístico* n° 11, pp. 456-7), pero ahora es asombro lo que nos produce asistir a la salida de nada menos que tres libros suyos, fruto del entusiasmo sostenido que deposita en todos los actos de su vida, pero especialmente en todo lo relativo a la docencia universitaria, como forma de transmitir conocimientos y estimular a los alumnos a que aprendan, se entreguen y traten de mejorar el mundo a través del periodismo. Y a fe que lo consigue, porque basta hablar un instante con él para que uno se sienta tocado por la gracia y la pasión que tan intensamente vive y contagia.

Los estudios de comunicación se hallan muy avanzados en las principales Universidades mexicanas que los imparten (no en todas, porque la exultante abundancia no permite que se encuentren todas al mismo nivel) y en esa línea comienza a producirse una notable afluencia de análisis teóricos sobre las materias que se imparten en su seno, pero no cabe duda de que en esta oferta destacan –y serán todavía más notables en el futuro– las aportaciones del profesor Esquivel. Conocíamos ya su interesante indagación sobre la *Didáctica de la entrevista de prensa. El diálogo como forma efectiva de comunicación* (2000), de la que ahora nos anuncia una segunda edición de mayores alcances; así como también sus contribuciones a la historia del periodismo, con *La prensa de Estados Unidos. Una aproximación histórica y crítica* (2005), y a la más cercana, que retrata importantes iniciativas de la prensa mexicana, como son *Reforma. Un grupo con ángel* (2003) y *Julio Scherer García, de cuerpo entero, de Excelsior a Proceso. ¡Un grito de libertad!* (2004). Como se ve, después de unos veinticinco años volcado en el ejercicio de la profesión, acumula experiencias y conocimientos más que de sobra.

De ellos se vale ahora para componer los tres estudios que recientemente se han editado. El más novedoso es el que dedica al reportaje, donde refleja tanto los aspectos teóricos que resultarán útiles para quien desea introducirse en su práctica como una serie de realizaciones históricas o actuales que ejemplifican lo que el autor está exponiendo. Tiene este género suficiente peso en el presente como consolidada trayectoria y todo ello lleva a que se configure una presentación de elevado aprovechamiento para los alumnos. El volumen se cierra con una serie de lecturas de gran interés que se refieren a los inicios del periodismo de investigación, al Watergate,

al alemán Günter Wallraff y a las dificultades que los profesionales han padecido en México -no mayores que las experimentadas por nuestros compañeros de otros países- para desarrollar su labor de una manera libre y autónoma.

Un aspecto en el que el autor insiste desde el principio hasta el final es en la importancia de los principios éticos en el ejercicio de nuestra actividad y especialmente en la realización de los reportajes. Así afirma que “el mayor reto de hoy no es presentarse muy valiente ante la autoridad sino aplicar realmente las reglas éticas del periodismo en el trabajo diario, pero sobre todo en los reportajes investigativos donde se debe investigar bien a bien los datos, presentar las distintas versiones de los hechos y no insultar ni confundir información con opinión” (p. 49). Las lecturas de la parte final inciden todavía más en esta línea de señalar cuál es la conducta moral que debe adoptar el periodista que profundiza en los hechos para sacar a la luz todo aquello que ensucia la buena marcha de nuestra sociedad.

Naturalmente este planteamiento no está ausente de las páginas que dedica al “periodismo noticioso”. Las técnicas redaccionales y la capacidad de investigar son absolutamente necesarias, pero hay que tener en cuenta cómo se utilizan unas y otras, para no caer en la corrupción que se dice denunciar. Y no actuar con el rigor y la precisión que esta tarea demanda significa que se está olvidando que no solamente importan los fines, sino que en todo momento hay que utilizar los medios más adecuados y depurados. Debemos ser conscientes de que hay que buscar la verdad por encima de todo y que no debemos despegarnos de los hechos si queremos cumplir con nuestra misión.

Por último queremos poner de relieve el esfuerzo realizado por el profesor Esquivel para ofrecer una serie de materiales de suma utilidad en su tratado sobre el periodismo cultural. No abundan los estudios de este tipo de clara intención docente, cuando esta es una sección que los medios cultivan desde antiguo y tienen su papel en la oferta periodística. Tal vez los propietarios no creen demasiado en esta parcela de la información, pero parece que da prestigio y por esa la mantienen y hasta la jalean. Hay muchas pistas en este texto para que los alumnos se adentren en sus contenidos y se ejerciten en su cultivo. Es una buena manera de comenzar y poner los fundamentos para la futura dedicación.

Juan CANTAVELLA

Universidad CEU San Pablo (Madrid)

MAYORAL, Javier, 2009: *El uso periodístico de las fuentes en radio y televisión*. Madrid, Universidad Camilo José Cela, 159 páginas.

Desde los comienzos del periodismo de masas, el modo de narrar la realidad seleccionada impuso enseguida sus propias necesidades intrínsecas, que se referían a la credibilidad del texto (base para sostener la profesión periodística) y a la facilidad de comprensión en su lectura. Las premisas que fueron configurando la comunicación periodística se basaron fundamentalmente en dos cuestiones fundamentales: 1) rigor de veracidad en los datos que se utilizarán en el proceso de la información; y 2) comprobación de los hechos por el sistema de fuentes que obliga a un doble proceso: a) la información que se convertirá en relato periodístico proviene de la consulta a diversas fuentes; b) dichas fuentes ha de conocerlas el destinatario o receptor (atribución necesaria).

En 2003 se publicó un libro importante por su contenido analítico y declarativo sobre el significado y el sentido del periodismo: *Los elementos del periodismo (que los periodistas deben saber y el público debe esperar)*. Sus autores, Bill Kovach y Tom Rosenstiel, expusieron nueve principios para el ejercicio del periodismo precisamente por la crisis de entidad, de confianza y de conciencia que padece como profesión. Los dos primeros principios aluden a la obligación de veracidad y lealtad con los ciudadanos. El tercero no puede ser más claro en su enunciado: “Su esencia [la del periodismo] es una disciplina de verificación”.

Ben Bradlee, director desde 1968 hasta 1991 de uno de los periódicos más influyentes del mundo, *The Washington Post*, forma parte ya de la historia del periodismo y más desde que publicara sus memorias en 1996, *La vida de un periodista*. Estas memorias tienen el valor de la reflexión en voz alta acerca de los aciertos históricos del *Post* (*Watergate*) y acerca también de sus errores monumentales. Son memorias cautas, medidas, en las que Bradlee no puede desocuparse del problema principal del periodismo: las fuentes y su relación con ellas. Introduce reflexiones a lo largo de sus páginas que dan una idea de la necesidad de independencia de las fuentes para la subsistencia del periodismo como profesión. En uno de los pasajes, Bradlee confiesa: “Los errores más graves se producen cuando transmitimos información procedente de terceras personas”.

En la mayoría de los libros de estilo, normativos para los periodistas de cada medio, se hace alusión obligadamente al uso de las fuentes. Se establece su necesidad de atribución en las informaciones, su modo de hacerlo y se suele ordenar que en caso de conflicto deben ser escuchadas las partes afectadas. Además, se aconsejan modos de comportamiento para solucionar problemas derivados de las fuentes cerradas. Podríamos decir que el sistema de fuentes protagoniza el periodismo y garantiza socialmente su sentido, significado y dignidad. Y, por consiguiente, supone quizá el mayor problema pragmático para el ejercicio profesional por variados motivos.

Javier Mayoral, periodista y profesor de Periodismo (en la Universidad Complutense y en la Universidad Camilo José Cela), ha abordado un oportuno estudio en *El uso periodístico de las fuentes en radio y televisión*. En realidad, es el tema por esencia. Tal vez por eso, por esta esencialidad aparentemente asumida, el autor pide disculpas al comienzo de su estudio, en el capítulo II, titulado ¿Por qué las fuentes?: “Casi dan ganas de pedir disculpas –dice Mayoral- por tanta obviedad e ingenuidad. Sin embargo, la experiencia cotidiana de cualquier profesor –en el ámbito académico o de cualquier redactor –en el ámbito profesional- invitan a que sigamos insistiendo. Las fuentes no son elementos más o menos decorativos con los que elaborar clasificaciones interminables. Es necesario aprender a emplearlas bien, porque de ello depende la buena calidad de nuestro trabajo. [...] El buen periodismo ha de ser escrupuloso en el manejo de las fuentes, mientras que casi todas las perversiones periodísticas (la deformación, la exageración, la invención, la confusión de hechos y juicios de valor, etc.) van asociadas al abuso o a la más pura desconsideración de las fuentes” (pp. 16-17).

Lo que Mayoral presenta en este libro es un trabajo de investigación que dirigió y realizó con diez alumnos de Periodismo de la Universidad Camilo José Cela (cuyos nombres aparecen en la nota introductoria de la página 5), organizados en el análisis de diferentes medios audiovisuales españoles (públicos y privados) para la consecución de sus proyectos fin de carrera. Este trabajo de investigación se desarrolla en 6 de sus doce capítulos (cap. 4: Informaciones no contrastadas; cap.5: Fuentes oficiales y periodismo de convocatoria; cap. 6: Interés del espectador o interés de la fuente; cap. 7: Radio frente a Televisión; cap. 8: Las falsas fuentes; y cap. 9: Una encuesta muy reveladora) y llega a unas interesantes conclusiones (cap. 10) resultado del análisis de 300 informativos de radio y 270 de televisión. Sin ánimo de develar lo que el lector debe leer en el libro, con el orden que requiere la propia investigación, sí puedo destacar que las conclusiones impactan, no porque sorprendan (la verdad es que existe una cierta percepción de todo ello para quienes observan los medios en general) sino precisamente porque confirman lo que tememos, lo que es difícil de aceptar: las fuentes se utilizan sin relevancia informativa alguna, suele aparecer sólo una versión de lo sucedido, existe una llamativa escasez de fuentes y de su contraste, los informantes y fuentes tienen intereses coincidentes, y, en definitiva, en el periodismo que se ejerce en España existe un predominio de un sentido funcional o sumiso de los informantes respecto a las fuentes oficiales y una acomodaticia selección de hechos noticiables y fuentes, lo que conduce a la preeminencia del llamado periodismo (?) de declaraciones, resultado de que la agenda se establece en otros lugares, no en las redacciones de los medios siguiendo ese principio de lealtad para con los ciudadanos.

Javier Mayoral conoce bien el ámbito profesional de los medios audiovisuales y es un excelente profesor de periodismo. Por eso esta obra suya tiene el mérito y el interés de aunar ambos campos, lo real y lo teorizable, en una reflexión que debería alertar a

periodistas y medios de comunicación y que debería impulsar a proseguir con similares investigaciones a otros estudiosos de la comunicación periodística. Es una obra que muestra y demuestra por el paciente y bien organizado trabajo analítico sin necesitar por ello acudir a otras fórmulas de carácter apriorístico y teórico. Sólo se ha atrevido a justificar en el capítulo II (“Por qué las fuentes”), con el acierto de un interesantísimo artículo, la necesidad de insistir en las fuentes como esencia del periodismo. Y enseña que una buena investigación puede estar unida a la labor docente. Útil para todos.

María Jesús CASALS CARRO

Universidad Complutense de Madrid

OLMOS, Víctor, 2008: *La Casa de los Periodistas. Asociación de la Prensa de Madrid 1951-1978*. Madrid, Asociación de la Prensa, 766 páginas.

Este tomo es la segunda entrega, de un conjunto previsible y ya anunciado de tres unidades, que Víctor Olmo dedica al estudio histórico de la Asociación de la Prensa de Madrid. El primero fue publicado en el año 2006 y comprendía el primer período de la historia, desde la fundación de la entidad en 1895 hasta 1950, una vez finalizada ya la Guerra Civil española pero con los rescoldos de la contienda todavía vivos. (Véase la crítica al primer tomo en *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, num. 13, 2007, págs. 602-604). El segundo volumen abarca prácticamente todo el tramo de tiempo en que estuvo vigente en España el régimen franquista, hasta la instalación de la democracia como consecuencia de la entrada en vigor de la Constitución. El tercero y último tomo, todavía en fase de elaboración, abarcará desde la elección de Luis María Ansón a la presidencia de la APM, en 1978 —o sea, desde el primer presidente en la nueva era política española— hasta el mandato del presidente actual, Fernando González Urbaneja, elegido a finales de 2007.

Como dice en el prólogo el presidente G. Urbaneja, el relato de este segundo tomo “tiene la misma técnica que el anterior, semejante ritmo y tanto o más interés”. Es lógico que sea así, no sólo por el hecho de que el autor del trabajo sea el mismo investigador, sino porque no existe un corte temporal en el esfuerzo del periodista metido a historiador: Víctor Olmos empalmó sus tareas de documentación y consulta a las fuentes para la primera entrega con las tareas encaminadas a la producción de la segunda, y de esta pasó a la tercera sin solución alguna de continuidad, como queda evidenciado por los escasos meses que han transcurrido entre los dos primeros volúmenes y los que previsiblemente van a transcurrir hasta el tercero. Es más, es lícito pensar que en algún momento en su trabajo se le han estado solapando acontecimientos fronterizos ocurridos al filo de los primeros años 50, del mismo modo que es muy previsible que le pueda pasar con los que sucedieron en la época de los 70, años de la Transición. El mismo autor confiesa su propósito de continuidad metodológica en una nota inicial que hay que entender como una honesta declaración de intenciones: “Al presentar esta segunda parte de la historia de la Asociación, quiero volver a manifestar que mi objetivo y mi actitud ante este nuevo reto ha seguido siendo el mismo, y quiero dejarlo bien claro: porque muchos de los años que en esta parte reconstruyo fueron especialmente conflictivos para la prensa y para los periodistas”.

Consecuentemente, a la hora de valorar este tomo segundo, debo reafirmarme en aquellos mismos juicios de valor que formulé en estas mismas páginas en el año 2007. A saber: que estamos ante un trabajo histórico muy digno y riguroso en el que el autor conjuga magistralmente la técnica narrativa propia de los grandes reportajes periodísticos con el rigor investigador de los mejores historiadores. Y es justo reconocer, como apostillaba en aquel primer volumen F. González Urbaneja, que “el autor ha puesto mucha pasión y más trabajo para ofrecer la historia de la APM, con luces y sombras, una historia de periodistas en una sociedad agitada”. Efectivamente, los años a los que se refiere esta segunda parte fueron no menos conflictivos que los

historiados en la primera, pero Víctor Olmos los ha sabido reflejar con un envidiable sentido de la ecuanimidad, con la misma actitud equilibrada de la que hizo gala en el tomo primero de esta monumental obra.

A lo largo de los casi treinta años de este segundo tramo histórico (1951-1978), los periodistas españoles hemos vivido una serie no interrumpida de debates colectivos, debates que unas veces afectaban casi exclusivamente al gremio de los profesionales, pero que en muchas ocasiones aparecían vinculados con planteamientos polémicos fácilmente extensibles a todos los ciudadanos de la nación española. Acontecimientos de gran calado político y con repercusiones evidentes para el futuro del Estado fueron, por ejemplo, la promulgación de la Ley de Prensa, la desaparición del diario *Madrid*, la controversia sobre las *Hojas de los Lunes*, o la implantación del Estatuto del Periodista en dos textos sucesivos (1964 y 1967). Otras cuestiones tuvieron un ámbito de controversia más específicamente doméstico, por lo menos a primera vista: el problema del intrusismo, la incorporación a la Universidad de los estudios sobre Periodismo, la guerra de las convalidaciones para los anteriores títulos profesionales, los conflictos judiciales con el secreto profesional como telón de fondo, etc. Finalmente, durante este tiempo aparece un asunto que afectó exclusivamente a la APM: la construcción de la Ciudad de los Periodistas y los problemas económicos que esta iniciativa ocasionó a la Asociación de Madrid, arrastrada peligrosamente hasta el borde de la quiebra. De todos estos temas, y de otros de menor entidad, tratan estas más de 750 páginas del tomo II de *La Casa de los Periodistas*. Páginas de lectura altamente recomendable para todos aquellos periodistas y estudiosos del Periodismo que deseen documentarse, de modo fiable, acerca de hechos y peripecias que están todavía vivos en la memoria colectiva de muchos de los profesionales españoles que vivimos en su día los acontecimientos aquí reseñados.

No puedo terminar esta crítica sin poner de relieve un dato muy significativo: en el capítulo de agradecimientos, Víctor Olmos cita, en lugar preferente, tres nombres que le han ayudado de forma destacada a llevar a feliz término su investigación: Enrique de Aguinaga, Bernardino M. Hernando y Antonio López de Zuazo. Como recordatorio para quienes no están al cabo de estas cuestiones, hay que decir que los tres nombres han estado o están notoriamente vinculados al Departamento de Periodismo I de la Universidad Complutense como profesores de la asignatura Redacción Periodística. Los dos primeros están hoy jubilados pero el tercero se mantiene en activo. Tal vez sea un ejemplo poco aparatoso, pero para mí es muy revelador del talante de cooperación que existió desde un primer momento, allá por los años 70 y 80, entre los profesores universitarios y los profesionales del periodismo. Algunos nos hemos esforzado desde entonces por mantener continuamente lazos de entendimiento y de colaboración entre ambas actividades, docencia y ejercicio profesional. Es verdaderamente reconfortante comprobar que aquella semilla sigue dando sus frutos todavía hoy, treinta y tantos años después del comienzo de las facultades universitarias en España.

José Luis M. ALBERTOS
Universidad Complutense de Madrid

PANIAGUA SANTAMARÍA, Pedro (2009): *Cultura y guerra del fútbol. Análisis del mensaje informativo*. Barcelona, Editorial UOC, 187 págs.

Pedro Paniagua, profesor titular de Redacción Periodística en la Universidad Complutense de Madrid, publicó en el año 2003 un texto —*Información deportiva. Especialización, géneros y entorno digital*— que en cierta manera puede considerarse como un adelanto del libro que hoy nos ocupa. (Vid. *EMP* núm. 9/2003, págs. 354-355). Posteriormente, y a través de artículos de revistas y de capítulos singulares en libros colectivos, este profesor ha seguido cultivando una línea de especialización, el periodismo deportivo, que le acredita como uno de los más valiosos investigadores españoles actuales dentro de esa modalidad particular del análisis académico centrado en la información de actualidad, entendida esta como un fenómeno comunicativo global rigurosamente configurador de la mentalidad contemporánea. *Cultura y guerra del fútbol* es, en efecto, un libro que debe ser situado en el terreno particular de esa línea de especialización que denominamos periodismo deportivo.

Este último trabajo del prof. Paniagua está integrado por un conjunto de siete capítulos —tres de ellos anteriormente publicados en esta misma revista del Departamento Periodismo I de la Universidad Complutense— que tienen todos como hilo conductor el común denominador de ser ensayos reflexivos acerca del papel que el deporte juega en nuestros días como elemento de importancia primordial para la configuración de la cultura contemporánea. Creo que es bueno hacer aquí un aviso para todos los posibles navegantes que se adentren en estas páginas. No se trata, en modo alguno, de un manual de clase para responder a los contenidos de una materia universitaria. Esta era la idea previa que yo había incorporado precipitadamente al dejarme seducir por el nombre de la firma editorial del libro: UOC, es decir, Universitat Oberta de Catalunya. Pensaba que el libro estaría concebido como un texto-guía para actuales o futuros alumnos de Periodismo de un centro universitario a distancia o presencial. Craso error: no sólo no estamos ante un manual de clases, con el lastre inevitable de un estilo encorsetado y un tanto puntilloso en el uso de las citas, sino que estas páginas rebosan todas ellas de un aliento literario muy creativo que contagian al lector de un cómplice placer en el disfrute imprevisible de los hallazgos literarios que se esconden en el texto. Pedro Paniagua hace realidad en su trabajo por medio de su prosa ensayística, y de modo especial en los capítulos dedicados al comentario de libros sobre asuntos deportivos, la propuesta de Barthes acerca del crítico: “más que un juez que juzga la obra, cabría hacerlo el crítico como testigo que testifica a favor de ella, aun a riesgo de convertirse él mismo y el autor criticado en grotesca pareja de hecho”. Barthes, efectivamente, relacionaba la nueva crítica, esa que es “construcción de lo inteligible en nuestro tiempo” con lo que él, epicúreo también en este caso, llamaba “el placer del texto”. No estamos ante un manual de clase, repito, sino ante una obra que rezuma una contagiosa propuesta estética a favor de una lectura constructiva de cualquier texto y que, además, acompaña esta propuesta

con la demostración y ejemplo de las páginas aquí impresas.

De los siete capítulos del volumen, dos de ellos —el primero y el último— están centrados en temas escasamente relacionados con los contenidos habituales en los programas universitarios específicos de la materia académica denominada “Análisis del mensaje informativo” o, más clásicamente, “Redacción Periodística”. El capítulo I ofrece una breve incursión por los terrenos de la historia del periodismo deportivo en España, desde los primeros e ingenuos textos publicados en *El Campo: agricultura, jardinería, y sport* (Madrid, núm 12, 16 de mayo de 1881) hasta los enfrentamientos televisivos de la I Guerra del fútbol entre *Canal Satélite Digital* y *Vía Digital* a comienzos de los años 90 del siglo pasado. Este ligero recorrido histórico se cierra con dos notas sobre la radio en las que hace referencia a la pugna entre *El Larguero* de la cadena SER y *El Tirachinas* de la COPE. El último capítulo —el VII: “II Guerra del fútbol”— enlaza directamente con el primero y está dedicado al analizar las diferencias entre las cadenas públicas y privadas en relación con el disfrute de los derechos para la transmisión de estos acontecimientos deportivos. Se trata de un gran reportaje sobre sucesos de notable actualidad en estos años de la primera década del siglo XXI y cuya lectura es muy aconsejable para todos los que nos sentimos perdidos ante el tumulto creciente de datos que se anulan y desmienten unos a otros de modo incesante. En el conflicto presente entre Prisa y Mediapro, el autor se inclina por creer que esta segunda guerra está cerca de su final y que Mediapro será el combatiente vencedor. Además, se permite hacer un vaticinio para los años próximos: en un futuro no muy lejano la asistencia a los estadios de fútbol podrá ser gratuita ya que los clubes podrán subsistir económicamente gracias a los derechos de retransmisión por TV.

Desde mi punto de vista, el núcleo conceptual de este libro está ubicado en los capítulos centrales, desde el II al VI. Y es precisamente en estos ensayos (tres de los cuales, como ya he dicho, fueron anteriormente publicados en esta revista) donde la agudeza analítica del autor alcanza sus más altos niveles. No resulta extraño, por otra parte, que estos cinco fragmentos tengan como objeto de su reflexión académica ítems que habitualmente son materia básica de los programas universitarios sobre el mensaje periodístico, materia que Pedro Paniagua imparte en la Universidad Complutense. A saber, en este caso que nos ocupa, la *crítica literaria* como variedad cultural de los textos editorializantes denominados comentarios o artículos de opinión (capítulos II, III y IV); la *columna* sobre temas deportivos, modalidad específica de las piezas interpretativas u opinativas tan frecuentes hoy en nuestras publicaciones impresas y en los periódicos digitales (capítulo V), y finalmente P. Paniagua focaliza su reflexión sobre el permanente debate profesional y académico acerca de lo que llamaríamos una rigurosa *teoría de la noticia* (cap. VI. “Deporte en televisión: el *pseudoperiodismo* como espectáculo). En relación con el tratamiento del deporte en los programas televisivos, el autor formula la siguiente afirmación que sirve como síntesis de su pensamiento sobre estos asuntos. “La televisión, como dijimos al principio, es información, pero también es espectáculo, por lo que el maridaje de ambos no puede

considerarse contra natura. Debemos saber, obviamente, que una buena parte de los contenidos de esos nuevos programas no son periodismo y considerarlos como tal sería una confusión lamentable. Pero tampoco hay que rasgarse las vestiduras ante los nuevos programas híbridos. Aquí, también lo hemos dicho, más que la pureza del género, manda la audiencia y la identificación con el público”. Aparece así formulado un no disimulado manifiesto en defensa del mestizaje de las formas de expresión en los medios de comunicación de masas, que puede ser aceptado o rechazado en el plano de lo que “debe ser” según el talante intelectual de cada receptor, pero que indudablemente refleja una realidad contemporánea incuestionable.

Tal como ya he indicado, la almendra medular del libro está en los capítulos centrales, y, para mi gusto, especialmente en los tres que dedica el autor a la crítica literaria. A partir de una lectura inteligente del ya clásico manual de la profesora colombiana Mary Luz Vallejo Mejía, Pedro Paniagua hace un verdadero ejercicio de comprensión constructiva de los textos que analiza. Y seguidamente echa mano de su espléndida facilidad para la escritura para brindar al lector un nuevo texto —esta vez el texto del crítico— que actúa como detonante intelectual en un cortocircuito realimentador entre el texto inicial que se comenta y el lector final. Vallejo Mejía dictamina que la crítica “ha de estar bien escrita, ser profunda, mesurada, inteligente y amena” y que se le deben aplicar los mismos estándares de buen estilo y escritura que se espera encontrar en la obra juzgada. Un buen ejemplo de este buen estilo y alto nivel en la escritura son estos tres capítulos aquí indicados y de modo especial el IV (“Crítica de obras escogidas”), en el que hace atinados juicios de valor sobre cinco textos suyos ya publicados anteriormente, cinco textos que hacen referencia a sendos libros de tema deportivo. Estamos aquí ante de un caso poco usual de “metacriticismo”, es decir ante la exposición de críticas literarias sobre sus propias críticas literarias. Esto que, en otros casos, podría ser inaguantable, a Pedro Paniagua no sólo se le perdona, sino que se le agradece por el buen sabor de boca que nos deja su amena escritura, puesta al servicio de una capacidad excepcional para desentrañar los entresijos y claves ocultas de las obras que caen en sus manos.

Una consideración final. En casi todos los capítulos, pero de manera especialmente notable en el capítulo IV, se echa en falta un tratamiento tipográfico más rico y casuístico que el que brinda este volumen. Confieso que la lectura cartesiana de algunas páginas me ha resultado un ejercicio casi imposible, a causa de una yuxtaposición simplemente acumulativa de textos de distinta procedencia. Unos humildes intertítulos y un experto uso de blancos y de márgenes habrían facilitado al lector el GPS necesario para saber en qué coordenadas se encuentra en cada momento.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

POU AMÉRIGO, Maria José, 2008: *Los católicos en la opinión pública. El ejemplo italiano*. Madrid, CEU Ediciones, 149 páginas

Quizá el título de la última investigación desarrollada por la profesora M^a José Pou Amérigo pueda hacer creer al lector que se encuentra ante un estudio de opinión pública o de medición de la opinión de los italianos sobre los católicos, pero enseguida pasamos a comprender que se trata de algo bien distinto: un análisis en profundidad del discurso periodístico y de las voces-identificadas y no identificadas- y argumentos que participan en el debate mediático-político y público-con motivo del referéndum celebrado en Italia, los días 12 y 13 de junio de 2005, para la modificación de la Ley 40 de “Normas en materia de procreación médicamente asistida”.

Un trabajo riguroso en el ámbito del análisis del mensaje periodístico ha de cumplir, entre otras, una serie de condiciones: la indagación ha de ser exhaustiva, innovadora en el sentido de original, y al mismo tiempo “cercana a la actualidad”, útil para futuras indagaciones por parte de otros investigadores en comunicación, interesados por la confluencia de discursos sociales en temas donde se entremezclan - y colisionan- creencias religiosas y desarrollos científicos.

Uno de los aspectos que puede sorprender es la elección del tema, pero en la trayectoria de M^a José Pou, una cualificada docente en la materia de Periodismo y Religión, forma parte de un campo de búsqueda que se inició con aportaciones como “La Conferencia Episcopal Española como noticia: análisis de la instrucción pastoral “La verdad os hará libres” a través del diario El País” (2003) o más recientemente “Los obispos en la vida pública española” (2007) y numerosos artículos sobre la representación informativa de lo religioso entre los que podemos citar “Enfermedad del Papa y credibilidad periodística” (2005) o “Cónclave y *apagón* informativo: Información y especulación en la elección de Benedicto XVI”(2006), ambos en *Estudios del Mensaje Periodístico*.

En “Los Católicos en la opinión pública. El ejemplo italiano”, Maria José Pou analiza la opinión publicada en los diarios *Corriere della Sera*, *Il Manifesto*, *Avennire* e *Il Foglio*, pero no lo hace exclusivamente en los espacios característicos de la opinión periodística- editoriales, artículos o viñetas-, sino en el temario global. En cierto modo sigue la línea apuntada por Héctor Borrat para el análisis de los conflictos-textos-actores- autores y fuentes- (empleados para el análisis de debate sobre Maastricht en *Fer Europa*. 1994, Barcelona, Centre d’Investigació de la Comunicació) pero lo trasciende en el sentido de que cualquier expresión periodística- no sólo los artículos de opinión- pueden ser relevantes en la toma de posición de los diarios, en este sentido supera el concepto de géneros tradicionales.

El periodo del análisis del 1 al 14 de junio de 2005- el más próximo a la cita referendaria- le permite analizar las voces, argumentos y tomas de posición en torno a la reforma de una ley en la que se plantea un cambio en el escenario italiano, donde

los argumentos de la jerarquía eclesial son re-presentados por otras voces- en esta línea se sitúa el Comité Ciencia & Vida, creado al efecto, los diarios *Avennire* e *Il Foglio* y la Conferencia Episcopal italiana, aparentemente una “minoría” que promovía la abstención y que finalmente tuvo mayor eficacia persuasiva. El resultado fue que sólo votó el 25, 9% del electorado con lo que el referéndum quedó invalidado.

A través de voces y argumentos, esa “minoría” fue capaz de comunicar sus criterios, de una manera que la autora califica como “nuevos modos” que hacen que, en este caso concreto, la presencia católica en la opinión pública sea la de una voz legitimada y escuchada y para ello intenta descubrir “quienes hablan en su nombre y qué dicen”. La actuación de la Conferencia Episcopal Italiana, el Comité Ciencia & Vida y de las voces discordantes, en particular la de Giuliano Ferrara, director de *Il Foglio*, calificado entonces como “ateo devoto,” son presentadas como la posición de los católicos.

En la obra se proponen pautas para el análisis de las voces y de los argumentos. En estos últimos uno de los aspectos más llamativos es “el desequilibrio entre los argumentos utilizados para defender la postura propia y los usados para desautorizar la ajena.”. También se muestra atenta al etiquetado de las posturas y la selección terminológica- en las tipificaciones “embrión- pre-embrión” o “dar vida”. Cuestiones como si el embrión es o no es persona o si el Derecho tiene o no tiene referencia moral forman parte de las discrepancias manifiestas en los discursos estudiados.

Maria José Pou considera cómo una de las formas de desacreditar las posiciones de la Iglesia- particularmente en *Il Manifesto* es la utilización del campo semántico bélico o violento, con referencias a las Cruzadas, a la guerra del Vietnam o incluso a las prácticas mafiosas. También recoge viñetas insultantes en *Il Corriere della Sera* en las que se ataca la posición de la Iglesia o portadas compuestas con “expresiones de doble sentido”, como “sacro quorum” en *Il Manifesto*.

Con este trabajo, en su amplia trayectoria investigadora que vincula hecho religioso y periodismo, se presenta una nueva manera de contemplar la presencia católica en la vida pública-desde el punto de vista de la autora- como voz autorizada, creíble y propositiva- y esto se ha conseguido, en el caso italiano con la coordinación y el equilibrio de voces y argumentos; del episcopado y del laicado, especialmente a través del Comité Ciencia & Vida. De ahí la expresión “el ejemplo”.

Es de destacar entre las conclusiones que esta presencia en la opinión pública se produce con mayor eficacia, cuando se antepone la exposición frente al conflicto, no se utiliza el descrédito, se avanza en la transversalidad de razonamientos y un estilo seguro, pero noopotente.

En tiempos de propaganda, más que de argumentación, este estudio replantea los roles que se deben asumir para convencer sin negar. Independientemente de las voces y los argumentos que se estudien- en este caso un referéndum en Italia- parece muy necesaria en términos globales la recuperación de la explicación de la posición frente

al descrédito-cuando no el insulto- de la postura contraria. Una postura casi urgente en estos tiempos de periodismo “de declaraciones” en el terreno político y cultural, donde los acontecimientos quedan relegados en beneficio de las voces. Las palabras expresadas si son coherentes, dotan de legitimidad.

Estudiar la mediación periodística en temas de interés social, en este caso de los diarios italianos- pero extensible a cualquier espacio geográfico, incluido al caso español- también permitirá avanzar en el conocimiento de un fenómeno que hemos denominado la intra-mediación, en la que los medios toman claramente posición tanto en la selección como en la valoración de las posiciones que incorporan en sus páginas diarias.

Una lectura muy recomendable y que sobre todo invita a plantear preguntas más generales sobre el papel de los medios de comunicación en las controversias actuales y cómo cumplen su papel de mediador entre el ambiente social, en el que los católicos- al igual que otras confesiones religiosas- tienen el derecho y el deber de expresión, a ser considerados parte de las opiniones de los públicos y reequilibrar los discursos del sistema político.

Estrella ISRAEL GARZÓN

Universidad CEU-Cardenal Herrera (Valencia)

STEEL, Ronald, 2008: *El periodista y el poder, una biografía de Walter Lippmann*, traducción de Luis Sanz, Ana Caerols, César García e Ignacio García, Madrid, Cuadernos del Langre, 672 páginas.

Puede que la prensa sea en efecto el cuarto poder, o puede que no, pero en el caso de Lippmann no hay duda: es el primero. De pocos periodistas se puede decir que hayan tenido su capacidad de influir, e incluso dirigir, a los otros tres, en un sentido del todo literal. Suyo fue, por ejemplo, un editorial que hizo a Estados Unidos entrar en una contienda que a partir de ese momento pasó a llamarse Primera Guerra Mundial, y a la humanidad entera inaugurar una época en la que los conflictos bélicos nunca más pudieron ser considerados locales o regionales, ni siquiera continentales, sino absolutamente globales. Suyos fueron también más de veinte libros sobre sociología, filosofía política, opinión pública... y miles de comentarios en prensa que actuaron durante medio siglo como faro, altavoz, espejo o látigo de sucesivos gobiernos tanto republicanos como demócratas. Y suyas fueron, por último, unas relaciones que mantenía interponiendo siempre una “cámara de aire”, según sus propias palabras, y que le llevaron a moverse con la misma soltura a ambos lados del Atlántico y a frecuentar la compañía de todos los presidentes norteamericanos desde Theodore Roosevelt a Nixon y de todos los dirigentes europeos relevantes, desde Churchill a De Gaulle.

No, quizá no sea exagerado hablar de primer poder si pensamos por ejemplo en que tanto Kennedy como Johnson iban a visitarle a su casa para pedirle opinión, o que en muchos casos las ofertas y contraofertas políticas entre rusos y estadounidenses en el siempre difícil equilibrio de la guerra fría –expresión que también debemos a su pluma– se hacían a través de sus artículos periodísticos. (Dos entrevistas a Jruschov le valieron, por cierto, sendos premios Pulitzer). La crisis de los misiles en Cuba, el Plan Marshall –otro invento suyo–, Vietnam, el *New Deal*, hasta el *Watergate* que le cogió ya en sus últimos días... todo pasó por sus manos de una forma u otra, en unos casos inspirando, en otros haciendo de intermediario o portavoz, y siempre analizando de forma lúcida e inteligente la realidad. En esos últimos días y ante le pregunta de si Nixon le parecía el peor presidente de la historia de los Estados Unidos se limitó a responder, con esa mezcla de sabiduría y relativismo que da la experiencia, que no, que sólo era el más “bochornoso”. Nada le hubiera impedido arremeter con más virulencia contra el presidente republicano, liberado como estaba de cualquier presión o necesidad de componendas, pero el escepticismo del que ha visto ya casi todo le hacía ser cauto y medir sus palabras seguramente convencido de que en la concisión suele haber más verdad que en los largos exabruptos.

Lippmann empezó muy pronto a publicar. Con 24 años escribía ya editoriales para *The New Republic*, revista política que él contribuyó a fundar, al tiempo que publicaba su primer libro *A preface to politics*. En 1920, con 31, comienza a escribir con regularidad para *Vanity Fair*. Dos años después -con *Public Opinion*, su cuarto libro,

ya en la calle- se une al equipo editorial del *World*, diario de Ralph Pulitzer del que fue director de opinión hasta 1931. Ese año inaugura su célebre columna *Today & Tomorrow* con la que se mantiene en boca de todos –de todos los que cuentan, por lo menos- durante 36 años, primero en el *Herald Tribune* y los últimos cuatro en el *Washington Post*. En este diario coloca de director a Ben Bradlee, el mismo que acabó dirigiendo a Woodward y a Bernstein durante el Watergate. En los últimos ocho años de su vida activa, que dura hasta 1971, publica artículos para *Newsweek*. Antes ejerce también como corresponsal para el *Manchester Guardian* de Scott (el del famoso dictum “*facts are sacred, comments are free*”). Fallece en 1974, el año que dimite Nixon, once meses después de su segunda mujer. Él, que lo había sido todo en el gran mundo -o en la *Great Society*, como tituló otro de sus textos- pasó los últimos años de su vida solo en una residencia. Pero ni eso consiguió agriarle el carácter ni hacerle perder la medida en sus palabras.

Su vida, con todo, no estuvo exenta de contradicciones y de rasgos que hoy no pueden dejar de resultarnos antipáticos, por mucho que admiremos su fino instinto y la sutileza de sus líneas plasmadas en *The New Republic* y *Today & Tomorrow*. Todo en él destilaba puro periodismo, desde el propio nombre de su longeva cabecera. Rechazó cátedras y cargos públicos para centrarse “sólo” en su columna. Cuando quería descansar se retiraba al campo y volvía dos meses después con un libro nuevo. Antes, como hijo de una familia acomodada de Nueva York, había recibido una educación elitista en colegios selectos y luego en Harvard, donde leía a Lucrecio en latín, a Dante en italiano y a Goethe en alemán. Se sintió atraído en un principio por la música y el arte, actividades de las que disfrutaba haciendo frecuentes viajes a Europa, pero eso era poco para quien, quizá todavía sin saberlo, aspiraba a dirigir -o a influir en quienes dirigen- el mundo. Desde muy joven se sintió obnubilado por el poder poder. En su habitación de adolescente, nada de lo que hoy veríamos habitual: ni guantes de béisbol, ni camisetas de baloncesto, ni bellezas femeninas en las paredes: un busto de Napoleón era toda su decoración. En esta fascinación no cabían ideologías (admiró y denostó por igual a todos los partidos), religiones (no practicó ninguna), ni razas (siendo judío, consideraba el judaísmo una “dolencia inocua”).

En relación con esta última condición es donde podemos encontrar algunos de esos rasgos que hoy nos pueden resultar como mínimo cuestionables. Seguramente en su tiempo también lo fueron. “Lippmann – dice Steel, catedrático de Relaciones Internacionales en la Universidad de Southern California- no criticó públicamente a [Franklin D.] Roosevelt por su indiferencia moral respecto al trance en que se hallaban los judíos” (p. 395). No se opuso a los campos de exterminio nazi. En cambio, calificó a Hitler de “hombre de Estado” y como “la auténtica voz de un pueblo civilizado” (p. 354). En otros asuntos, como el de Sacco y Vanzetti, tampoco se solidarizó con las víctimas. Más bien, como apuntó uno de sus redactores en el *World*, se entregó “a toda clase de malabarismos lógicos”, enfocando el caso como “un puro ejercicio intelectual, nada más” (p. 253) y olvidándose, por tanto, de que estaban ejecutando a

dos hombres inocentes. En la Guerra Civil española, cuando la Asociación de la Prensa Norteamericana apoyó a la República, “Lippmann comunicó al secretario de la organización que no pagaría su cuota y que se daba de baja de la asociación” (p. 361). Toda su vida, como se ve, fue un proceso de derechización desde los orígenes socialistas de sus primeros escritos. Al final, sin embargo, recobró su aire contestatario juvenil y se opuso frontalmente a Johnson por la Guerra de Vietnam.

Entre las contradicciones -aunque no son sólo suyas; muchas veces lo fueron del sistema- cabe destacar por ejemplo que esos primeros escritos radicales en *The New Republic* estuvieran financiados por *Wall Street*. O que en ese proceso de derechización hiciera incisos para alabar a Castro y a la revolución cubana, y se opusiera al dominio internacional norteamericano rebatiendo sandeces como la de que EEUU debía liderar el mundo porque era el único país sin ambiciones imperiales. Pero estos últimos rasgos no pueden ser vistos, en efecto, sino como incisos. En modo alguno fueron la tónica. Lippmann, por citar otro caso, pasó de puntillas sobre Hiroshima (cosa que a Steel no le sorprende en exceso). Sin embargo desató una feroz campaña de persecución contra todos los inmigrantes descendientes de japoneses que poblaban la costa oeste norteamericana.

Un tipo influyente y singular, sin duda, del que se nos presenta una biografía interesante, toda una lección de historia del siglo XX, muy bien documentada y arropada por un prólogo del propio Steel, y por cientos de notas, cronologías, y bibliografías de -y sobre- Lippmann. ¡Lástima de erratas con las que continuamente tropieza el indefenso lector a lo largo de sus casi setecientas páginas! Pero con todo y con eso, el libro constituye un gran homenaje al periodismo, al pulso constante que mantiene con el poder, y a la duda de sí, después de todo, ese poder de la prensa no será sólo un espejismo. Steel nos demuestra una vez más que no hay nada nuevo bajo al sol (como tampoco lo hay bajo la cara oculta de nuestro cercano satélite). Los estadounidenses en Vietnam, como recientemente los israelíes en Gaza, bombardeaban hospitales, escuelas y objetivos civiles haciendo creer a la población de su propio país que sólo atacaban “cobertizos de madera” sin gente dentro. Los periodistas de entonces, en palabras del último Lippmann pacifista y desencantado, sólo podían “fotografiar un lado de la luna” (p. 603). Más o menos como ahora.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA

Universidad Complutense de Madrid

VIDAL-QUADRAS, José Antonio, y LÓPEZ-ESCOBAR, Esteban (editores), 2009: *fcom: 50 años preparando el futuro*. Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 213 páginas.

La Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra (FCOM) cumplió en el año 2008 medio siglo de presencia en el ámbito universitario español. Nació como Instituto de Periodismo incardinado dentro de lo que entonces era todavía el Estudio General de Navarra: el ordenamiento legal vigente en aquel momento no permitía la existencia de facultades universitarias dedicadas a la enseñanza del Periodismo, pero desde el primer momento el centro surgió con todos los rasgos esenciales propios de una Facultad. En 1971 alcanzó legalmente este rango y pasó a llamarse Facultad de Ciencias de la Información (una de las tres primeras de España, juntamente con la de la Universidad Complutense y la de la Autónoma de Barcelona). Desde 1992, y como consecuencia de la aplicación de los planes de estudios exigidos por la LRU (Ley de Reforma Universitaria), se presenta ante el mundo académico con el nombre actual: Facultad de Comunicación. Y como tal Facultad, ha sido capaz de generar un número impresionante de programas, proyectos internacionales y cursos especializados de todo tipo, cuya sola enunciación abruma al lector desprevenido: PGLA, CICOM, Seminario de Información Económica, Capítulo español de la SND, DCCA, Departamento de Comunicación Pública, Euroview, Premios Malofiej de Infografía, Premio Luka Brajnovic, Premio Kino, el MMLab, el MGEC, el MCPC, el CIEC, el International Media Program, Telenatura, etc.

Con ocasión de esta efemérides, la FCOM de Navarra ha preparado un volumen de preciosa presentación que pasa revista a los 50 años transcurridos desde los comienzos de los cursos docentes regulares, en el mes de noviembre de 1958. Como recuerdan acertadamente los editores de la obra, el arranque efectivo de la actividad académica estuvo precedido de “una prehistoria inmediata”: el Curso de Verano sobre Periodismo y Cuestiones de Actualidad que se celebró en Pamplona, durante los meses de julio, agosto y septiembre de este mismo año en un edificio gótico del siglo XIV, la Cámara de Comptos. El libro conmemorativo recoge un total de 52 textos dedicados a glosar 50 hitos de la historia de la Facultad. Y cumple una doble función para el lector: por una parte es un álbum de recuerdos revividos con gran experiencia profesional por los alumnos y maestros aquí convocados para esta tarea, pero, por otra parte, es un documento histórico serio y riguroso que permite entender la evolución y los datos más sobresalientes de una institución que ha marcado con su poderosa huella la Historia del Periodismo en España durante este último medio siglo.

En el terreno docente hay que citar como protagonistas de esta aventura a Antonio Fontán, Ángel Benito, Anton Wurster, Luka Brajnovic, José María Desantes, Alfonso Nieto, José Tallón, Francisco Iglesias, Luis Núñez Ladevéze, Carlos Soria, Miguel Urabayen, Pedro Lozano Bartolozzi, Esteban López-Escobar, José Antonio Vidal-Quadras, Francisco Gómez Antón, María Victoria Romero, José Luis Dader, Pedro

Sorela, Javier del Rey, Gloria Toranzo, Pedro O. Costa, Mar Fontcuberta, Angel Faus, Concha Fagoaga, Alberto Díaz Mancisidor, Ofa Bezunartea, Pilar Diezhandino, Juan J. García Noblejas, Pablo Irazazábal, etc., todos ellos vinculados al Instituto. Posteriormente, quienes ahora mantienen encendida la antorcha del saber en la FCOM configuran también una nómina de altísima calidad universitaria: Manuel Casado, Carlos Barrera, Fernando López Pan, José Francisco Sánchez, José Luis Orihuela, José Javier Sánchez Aranda, Ramón Salaverría, Alfonso Sánchez Tabernero, Alejandro Navas, Manuel Martín Algarra, Elika Brajnovic, etc. Y en el terreno profesional, la lista de excelentes periodistas relacionados con este centro es realmente abrumadora. He aquí algunos, citados a vuelapluma: José Javier Uranga, Juan Pablo Villanueva, Iñaki Gabilondo, Covadonga O'Shea, Pedro J. Ramírez, Álex Grijelmo, M. Martín Ferrand, Joaquín Navarro Valls, Antonio Herrero Lima, Francisco Basterra, Ramón Pi, Federico Ysart, María Antonia Estévez, José María de Juana, Miguel Veyrat, Enrique Sopena, Julio Martínez Torres, Fernando Pérez Ollo, David Solar, José Manuel Gironés, Marisa Ciriza, Carmen Rigalt, etc.

María Luisa Astrain, alumna de la primera promoción y profesora más tarde, recoge en este párrafo sus recuerdos acerca de los comienzos del Instituto en noviembre de 1958: “Antonio Fontán, que había sido catedrático de Latín en la Universidad de Granada y director en Madrid de *La actualidad española*, asumió la dirección del Instituto. Contaba con Ángel Benito como subdirector y José Luis Martínez Albertos como secretario. Los tres tenían, además, a su cargo varias asignaturas en los tres cursos. Otros profesores del Instituto con notable carga docente eran el croata Anton Wurster, que falleció en el otoño de 1961, y el redactor-jefe de *Diario de Navarra*, José Javier Uranga”.

Toda la proyección nacional y universal de la FCOM en este medio siglo empezó así, con estos modestos mimbres, en la Cámara de Comptos de Pamplona. Yo estuve allí, efectivamente, y me siento orgulloso del papel que desempeñé en aquellos primeros años del Instituto.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid